

Prólogo por William R. Shea al libro “Arqueológicas. La Razón perdida”, de Felipe Criado Boado, que aparecerá próximamente publicado por Editorial Bellaterra, de Barcelona.

Prólogo. La búsqueda de lo Racional y lo Razonable

Necesitamos desesperadamente un nuevo marco no sólo para la arqueología, sino para las humanidades en su conjunto, y no seremos capaces de hacerlo si no paramos un momento y, en grupo e individualmente, reflexionamos sobre nuestras actuales propuestas. Esta es la motivación que está detrás del libro, atrevido, erudito y estimulante, de Felipe Criado Boado. Es atrevido porque desea penetrar en campos que la mayor parte de los académicos se contentan con saludar desde la distancia segura de la especialización estrecha. Es erudito porque aborda los grandes temas de un modo magistral. Finalmente es estimulante porque Criado no sermonea a sus lectores, sino que se dirige a ellos como iguales a los que quiere incorporar a una discusión fructífera. El abanico de referencias a obras de arqueólogos, historiadores, filósofos, escritores y pensadores es casi asombroso, pero la exhibición de conocimiento en ningún momento abruma. Hay un sentido de apertura y contingencia que rinde los análisis de Criado atractivos, y su estilo fluido y punzante facilita disfrutar la lectura más exigente.

Una de las razones que explican esta proeza de erudición y literatura es el fundamento y experiencia de Criado. No es sólo un arqueólogo reconocido, sino también alguien que asumió responsabilidades de gestión de la ciencia en España, donde ha sido hasta hace poco el coordinador del área de humanidades y ciencias sociales del CSIC. El título, *la Razón perdida*, es deliberadamente provocativo. También es merecidamente provocativo. ¿Cuál es la razón de ello? Dicho sin rodeos, es un tributo abstracto a la curiosidad natural que todos los humanistas comparten con los científicos. Pero Criado va más allá, y a mí me trajo a la cabeza las famosas palabras que Churchill dedicó como tributo parlamentario a Neville Chamberlain, el hombre al que sucedió como Primer Ministro en 1940.

Prologue by William R. Shea for the book “Archaeologics. The Reason Lost” from Felipe Criado-Boado, what will come out nextly in Editorial Bellaterra (Barcelona, Spain)

Prologue. The Quest for Rationality and Reasonableness

We desperately need a new framework not only for archaeology but for the humanities as a whole, and we won't be able to do so if we do not pause and, collectively as well as personally, think about our current predicament. This is the motivation behind Felipe Criado-Boado's courageous, scholarly, and stimulating book. It is courageous because he is willing to enter fields most academics are content to salute from the safe distance of their narrow specialization. It is scholarly inasmuch as he deals with big topics in a masterly fashion. Finally it is stimulating because Criado does not talk down to his readers but addresses them as equals whom he wants to engage in a fruitful discussion. The range of references to archaeologists, historians, philosophers, writers and thinkers, is a little short of astonishing, but the display of learning is never overwhelming. There is a sense of openness and contingency that renders Criado's analysis attractive, and his fluent and pungent style makes for enjoyable if demanding reading.

One of the reasons for this feat of erudition and literacy is Criado's background. He is not only a distinguished archaeologist but someone who was held high administrative office in Spain where he was until recently the head of the humanities of the National Research Council. The title, *La Razón perdida*, is deliberately provocative. It is also deservedly provocative. What's the reason? Stated thus bluntly it is an abstract testimonial to the natural curiosity that all humanists share with scientists. But Criado means more, and I was put in mind of Churchill's famous words in the parliamentary tribute that he paid Neville Chamberlain, the man he succeeded as Prime Minister, in 1940.



“La historia –apuntó Churchill–, con su titilante luz, avanza a trompicones a lo largo de las huellas del pasado, intentando reconstruir sus escenas, revivir sus ecos y encender con pálidos brillos las pasiones de los primeros días”. Y entonces Churchill enunció la cuestión que los humanistas, tanto como los arqueólogos, deberían preguntarse todos los días de sus vidas de trabajo: “¿Cuál es el valor de todo esto?”, preguntó.

Hay muchas razones para plantear esta cuestión. Las tradicionales incluyen preguntas sobre: ¿cómo podemos confiar en nuestras fuentes? ¿cómo podemos presentar de forma adecuada los resultados de nuestros hallazgos arqueológicos? Después del giro narrativo, o lingüístico (esto es, el reconocimiento de que la historia es una narrativa acerca del pasado escrita en el aquí y ahora, más que un reflejo distante de aquel pasado desaparecido), se ha hecho incluso más evidente que los arqueólogos, los antropólogos o los historiadores están inevitablemente implicados en la creación del sentido sobre el pasado. Esto conduce, por su parte, a más y nuevas cuestiones. ¿Contiene el pasado un significado verdadero o muchos diversos? ¿Hay una historia que tenga que ser descubierta o muchas que pueden ser generadas de forma legítima? Ahora es normal poner menos énfasis en la historia y la arqueología como un proceso de descubrimiento y registro objetivo, y más en su “constructividad” esencial. El pasado no sólo se reinterpreta de acuerdo a nuevas evidencias, sino también a través de actos autoconscientes de reescritura. La historia y la arqueología no pueden coincidir con el pasado. Son narrativas sobre el pasado. Los datos en-sí y desde-sí, no tienen un significado dado. Por lo tanto, ¿es mejor pensar los hechos como eventos sometidos a una descripción? Y aquí surge la pregunta más importante: ¿es la arqueología lo que ocurrió o lo que los arqueólogos nos cuentan a nosotros que ocurrió? Aquellos que tamizan y seleccionan artefactos de períodos remotos, son gente de su tiempo, con visiones y preconcepciones sobre el mundo que no pueden borrar de su investigación y escritura, incluso aunque ellos tengan la esperanza de restringir esos valores. Pero antes de poderlos restringir, tienen que ser capaces de identificarlos.

“History”, Churchill observed, “with its flickering lamp, stumbles along the trail of the past, trying to reconstruct it scenes, to revive its echoes, and to kindle with pale gleams the passions of former days”. And Churchill went on to pose the question that humanists as well as archaeologists should ask themselves every day throughout their working lives, “What”, he inquired, “is the worth of all this?”

There are a number of reasons for raising this question. The traditional ones include: How can we trust our sources? How can we present the meaning of our archaeological findings accurately? Since the “narrative” or “linguistic turn”—the recognition that history is a narrative about the past written in the here and now, rather than some distanced mirror of it—it has become even more evident that the archaeologist, the anthropologist or the historian is unavoidably implicated in the creation of the meaning of the past. This gives rise, in turn, to more questions. Does the past contain one true meaning or several? Is there one story to be discovered or several that can be legitimately generated? The emphasis is now less on history and archaeology as a process of objective discovery and report, but rather on its essential “constructedness”. The past is not just re-interpreted according to new evidence but also through self-conscious acts of re-writing as well. History and archaeology cannot coincide with the past. They are narratives about the past. Data in and of themselves do not have given meaning. Are facts, therefore, best thought of as events under description? Hence the larger question: Is archaeology what happened, or what archaeologists tell us happened? For those who sift and select artefacts from remote periods are people of their time, with views and assumptions about the world that they cannot eliminate from their writing and research, even though they may hope to restrain them. But before they can restrain them they have to identify them.



Aunque sea extraño, nuestra situación no hace fácil elucidar las presuposiciones subyacentes de nuestra época. Las evaluaciones de productividad, en sí mismas meritorias, obligan a los investigadores, particularmente a los más jóvenes, a producir cada año una cuota dada de artículos especializados y monografías inaccesibles, de forma que puedan obtener o mantener su trabajo o promocionarse en él. Estamos así amenazados por un número cada vez mayor de investigadores que cada vez saben más y más sobre menos y menos. El repositorio de información es tan grande que no hay hoy en día investigador o investigadora, sea entusiasta, sea dinámico, sea curioso, que pueda manejar todas las publicaciones de su campo, incluso aunque sea de forma somera. Esto significa que tenemos escasas esperanzas de leer en términos generales, justo cuando deberíamos mirar más allá de nuestras escasas reservas.

A pesar de estar sobrecargados por una cantidad ilimitada de información especializada, que es accesible de forma instantánea a través de la web, vivimos en una sociedad que cada vez es más amnésica y anhistórica. Muchos políticos actúan como si creyeran que el mundo empezó el día que fueron elegidos, y la cobertura de las noticias por los medios de comunicación está cada vez más desprovista de dimensiones temporales. Como humanistas, seamos arqueólogos, historiadores, filósofos o antropólogos, nos tenemos que preguntar a nosotros mismos cómo suministrar una perspectiva sobre el pasado que pueda iluminar el presente y, con suerte, el futuro. Felipe Criado Boado en esta obra hace justamente esto, con refrescante originalidad y aplomo.

Strangely enough our situation does not make it easy to formulate the underlying presuppositions of our age. Assessments of productivity, however laudable, require scholars, especially younger ones, to produce a specified quota of specialized articles and inaccessible monographs per year in order to keep their job or be promoted. We are threatened with an increasing number of researchers who know more and more about less and less. The information overload is so great that no scholar today, however eager, however energetic, however curious, can keep up with publications in his or her own field, even narrowly defined. So this means that we have little hope of reading more broadly, just when we should be looking beyond our narrow preserve.

Burdened by an infinite amount of specialized information instantly available on the web, we nonetheless live in a society that is increasingly amnesiac and a-historical. Many politicians act as though they believed that the world began the day they were elected, and the media coverage of events is increasingly devoid of any temporal dimension. As humanists, be we archaeologists, historians, philosophers, or anthropologists, we have to ask ourselves how to provide a perspective on the past that could illuminate the present and, hopefully, the future. Felipe Criado-Boado does just this with refreshing originality and aplomb.

William R. Shea
Cattedra Galileiana di Storia della Scienza
Università di Padova (Italy)